

LA ÉTICA EN EL CENTRO DE LO QUE HACEMOS

Una apuesta por la confianza de la sociedad

La ética se ha vuelto cada vez más importante en las empresas, instituciones y corporaciones de cualquier tipo. Según las últimas tendencias del año 2019, referidas a reputación y gestión de intangibles, la ciudadanía exige cada vez más empresas comprometidas con la sociedad. La ética y la transparencia han cobrado una especial relevancia.

Un dato significativo es que estos factores -ética y transparencia- han alcanzado un 93% de importancia y preocupación en una reciente encuesta a ejecutivos de empresas, miembros de Corporate Excellence y socios Dircom de España. Además, según los resultados del Barómetro de la Confianza de Edelman 2019, el 76% de la población cree que el CEO o director ejecutivo debe liderar el cambio en la sociedad.



Escribe:

Martín Montoya Camacho

Profesor de Ética en la Universidad de Navarra

@MartinMontoya__

Los valores éticos no son cuantificables

A primera vista, la apuesta por la ética parece formularse como una cuestión de conveniencia corporativa. Es decir, podría parecer que ser ético es una cuestión de transmitir una imagen que permita la aceptación social de una corporación, de tal forma que la reputación de una institución podría incrementar su valor, a partir de la adecuada gestión de este recurso.

Las preguntas que surgen, por tanto, desde este punto de vista son: ¿Es la ética un instrumento corporativo como cualquier otro?, ¿o es un instrumento privilegiado que debe ser puesto en primer orden en comparación con otras herramientas, tales como los análisis financieros, o las cuotas de ventas?, ¿o simplemente la ética no es en absoluto un instrumento de las empresas, instituciones y corporaciones, sino que se encuentra en otra dimensión de la vida social y, por tanto, no es posible ejercer un control sobre ella? Si esto último es el caso, ¿qué ocurre con la ética en las empresas e instituciones? ¿es posible elaborar políticas éticas empresariales?



La ética posee un valor intangible. Este tipo de valores, por su esencia y definición no pueden ser cuantificados, y su reducción a una medida concreta, como el dinero, termina por desvirtuarlos.

Las preguntas que nos planteamos no son banales. De hecho, se encuentran en el centro de la reflexión sobre la apuesta de las corporaciones por la ética como un valor. Es decir, se trata de saber por qué las empresas e instituciones tendrían que apostar por incentivar que sus empleados tengan un comportamiento ético bueno, qué significa apostar por la sociedad, y qué se espera de una apuesta como esa. Toda esta serie de cuestionamientos es imposible de abordar sin hablar de la esencia de la ética, o de la vida moral.

Para empezar, habría que indicar que la vida moral de las personas no puede reducirse a un valor monetario. La ética posee un valor intangible. Este tipo de valores, por su esencia y definición no pueden ser cuantificados, y su reducción a una medida concreta, como el dinero, termina por desvirtuarlos. Desde el punto de vista personal podría parecer curioso que alguna persona esperara que se le retribuyera algo de dinero por ayudar a una persona en alguna dificultad, como ayudar a una anciana a cruzar a calle; o que esperáramos alguna especie de retribución monetaria por las acciones buenas que llevamos a cabo, tales como el pago exacto a Hacienda, algo que es un deber ciudadano. Aunque esperamos que el pago de nuestros impuestos sea retribuido por mejores servicios sociales por parte del Estado, nos parece extraño esperar que nos paguen por ser honrados en la declaración de estos.

Lo que ocurre en la consideración de la moralidad de las personas individuales sirve para poder hablar de la ética en las corporaciones. Claramente no son lo mismo, y por ese motivo

no podemos aplicar directamente a los diversos conjuntos sociales lo dicho para los individuos. Sin embargo, si los líderes de una empresa o institución apuestan por la ética no es por velar sólo por sus propios intereses corporativos sino, sobre todo, porque reconocen que tienen un papel en el desarrollo de la sociedad, del mismo modo que un individuo toma conciencia de que sus acciones afectan a los demás. Pero, ¿qué ocurre cuando las personas focalizamos excesivamente nuestros esfuerzos en nuestros propios intereses? La respuesta es obvia: pensamos menos en los intereses de otros agentes que componen la sociedad.

Lo indicado nos lleva a pensar en dos cosas. La primera es que quienes dictan los intereses de un conjunto social -como una empresa, institución o corporación- son aquellas personas que las dirigen. Por tanto, que el mejor indicador -no cuantificable- del valor moral de una empresa es el comportamiento de sus líderes y trabajadores. Lo vemos en cómo diferentes instituciones en todo el mundo ven que la confiabilidad hacia ellas disminuye por diversos casos de corrupción cometidos por las personas que las dirigen. Las empresas éticamente ejemplares son aquellas que mantienen a trabajadores y líderes moralmente buenos. Los valores éticos no son cuantificables, pero las personas moralmente buenas sí que son identificables.

Lo segundo se sigue de lo anterior. Si hay alguien que tiene que estar preparado para tomar decisiones de este tipo, en las que los intereses de las corporaciones puedan conjugarse con el bien social, ese es el buen líder, del que pasaremos a hablar a continuación.



... si los líderes de una empresa o institución apuestan por la ética no es por velar sólo por sus propios intereses corporativos sino, sobre todo, porque reconocen que tienen un papel en el desarrollo de la sociedad, del mismo modo que un individuo toma conciencia de que sus acciones afectan a los demás.

La apuesta por los buenos líderes

¿Qué es un buen líder? Podríamos hablar de sus características sin encontrar un final para esa enumeración. La literatura corporativa sobre qué es un buen líder es interminable. Pero, para encontrar un consenso sobre qué es importante que el buen líder deba tener, parece que debemos acudir a una mezcla de conocimientos teóricos y prácticos que van más allá del nivel técnico. Es decir, tener un conocimiento sobre cómo funciona una empresa es algo que se da por descontado en el buen líder. Si alguien no sabe cómo hacer bien las cosas en una institución es poco probable que sirva para algo en ese lugar.

Pero, además, suponemos que el buen líder debe poseer unas dotes sociales y de gobierno. Es decir, existe un factor humano irremplazable que tiene sus fundamentos en cómo se tratan a las personas con las que se trabaja. Y por extensión al resto de la sociedad. Entre esas dotes sociales que los buenos líderes deben poseer, parece claro que la virtud de la honestidad es indispensable y se encuentra a la base de lo que se espera de él. Nadie querría seguir con entusiasmo y motivación las decisiones de alguien que pudiera estar usándonos como un instrumento más de sus intereses. Menos aún si percibimos que tales intereses no tienen en cuenta quienes somos, ni los talentos que podemos desarrollar en el trabajo. Éste es claramente el campo de la ética que se dirige, especialmente, a aquello que alguna vez escribió Immanuel Kant: nunca utilizar a otra persona exclusivamente como un medio para alcanzar unos fines, sean estos individuales o corporativos.

Lo propio de la ética, cuando menos desde el punto de vista de Aristóteles -filósofo



griego que vivió hace más de 2300 años-, es la realización de acciones nobles y honestas. Estas son dos características de las acciones humanas que claramente deben formar parte del comportamiento del buen líder. Lo interesante es que no sólo los líderes -con todas las otras dotes extraordinarias que poseen- deben tener estas virtudes. Son parte del acervo de toda persona que se vincula a la vida de los demás, y por supuesto de todas aquellas que de alguna u otra manera representan a una institución frente a la sociedad. Esto hace que cada persona que participa de una corporación, por su comportamiento éticamente bueno y responsable, se encuentre en primera línea, mostrando la imagen de quienes trabajan allí.

La nobleza de las acciones es aquella que nos lleva a reconocer que la persona ha llevado a cabo acciones honestas. Admiramos a quienes hacen el bien, o que simplemente hacen lo correcto, y si estas características, además, tienen la resonancia de las otras características del líder, llevan a que esa honestidad brille con mayor nobleza. La necesidad de introducir la nobleza como el punto más alto del bien al que

puede aspirar el líder, el trabajador éticamente bueno y responsable, viene dada por nuestra propia experiencia de reconocer que existen bienes que son arduos pero queridos en sí mismos. Esto lleva a que los busquemos como un fin. Es decir, que hay bienes humanos que no se someten al intercambio, que no se venden a un precio, y entre ellos está, por ejemplo, la propia dignidad de no claudicar ante la corrupción.

Las decisiones de los trabajadores de una corporación tienen que ver con otras personas que componen la sociedad, y en sus acciones pueden transmitir nobleza o, por el contrario, mezquindad. A la sociedad se le debe el respeto por el hecho de estar compuesta por seres que tienen una dignidad. No se les puede traicionar con el robo, la mentira, el trato desigual o la indiferencia, y cuando uno lleva a cabo estas cosas, las intenciones terminan por desvelarse. Por tanto, el buen trabajador, moralmente recto, éticamente responsable, aunque le falten otros talentos, puede dar la cara por su institución, y por tanto tiene, ciertamente, los ingredientes básicos del buen líder.



Algo de amistad

Aristóteles también indicó que tanto la justicia como la amistad desempeñan un papel fundamental en la configuración de una comunidad social. Sobre la justicia se podrían decir muchas cosas, pero eso tendría que ser objeto de otro escrito. Por otro lado, la visión de este filósofo sobre la amistad no es la idea ingenua que nos podría venir a la mente, de compañerismo, simple "coleguismo", o de pretensiones poco honestas para ir escalando puestos en una institución, sino que está impregnada de los rasgos de la justicia. Aristóteles indica de un modo esquemático que, es posible afirmar, que nuestras amistades tienen tres aspectos relevantes: son útiles, nos gusta estar con ellas, y somos honestos con tales personas.

Nuestros amigos nos son útiles, sentimos un gusto cuando estamos con ellos, pero, además, estar con ellos es una cuestión de nobleza y honestidad. Quien tiene amigos sólo por utilidad en realidad no posee amistades, porque en cuanto finaliza la relación de utilidad la amistad se acaba. Eso se nota. Sin embargo, este tipo de amistades no son malas si se tiene en cuenta la dignidad de las personas y no se las instrumentaliza para alcanzar fines deshonestos, o que no tienen en consideración lo que es bueno -moralmente hablando- para esas personas. Así, estas condiciones revelan el trato de igualdad desde la persona hacia los demás, o desde la institución hacia la sociedad.

Por este motivo, el reflejo de un trato amistoso pero interesado es la peor forma de presentarse a uno mismo. De un modo muy parecido, si una institución no trabaja con la consciencia de hacerlo en favor de la sociedad, terminará cediendo a su deseo de satisfacer sus propios intereses, instrumentalizando a quienes -en principio- sirve a través de sus productos y servicios, y presentándose peor que si hubiera desvelado sus intenciones deshonestas desde el principio. La ética no puede ser, por tanto, un instru-

Entre esas dotes sociales que los buenos líderes deben poseer, parece claro que la virtud de la honestidad es indispensable y se encuentra a la base de lo que se espera de él. Nadie querría seguir con entusiasmo y motivación las decisiones de alguien que pudiera estar usándonos como un instrumento más de sus intereses.

mento corporativo de ningún tipo, sino que se encuentra en otra dimensión de la vida social que la empresa debe fomentar sin querer cuantificar, o medir en términos económicos, porque en cuanto da ese paso termina por ceder a sus propios intereses por encima de los del conjunto social que la rodea. Apostar por la confianza de la sociedad a través de la ética requiere un trabajo muy personal, pero claramente es el mejor modo de recordar que todo conjunto social se ve beneficiado cuando busca que sus intereses corporativos apuesten por el bien ético de la sociedad.